

BIBLIOGRAFIA

débil basamento, «no parece diferenciarse mucho del proyecto de una novela» (p. 67). Pero sí es razonable y legítimo —y a ello se endereza el siguiente trabajo de Kant, *Comienzo presunto de la historia humana*— trazar, con ese único apoyo, los orígenes de la historia. «Lo que no puede osarse en el curso de la historia de las acciones humanas —dice Kant—, puede intentarse en sus *origenes*, en la medida en que se deben a la Naturaleza» (ibid.). Es decir, que mientras la serie de los sucesos históricos sólo puede narrarse a partir del hecho histórico conocido, de la noticia, el origen mismo de aquella puede descubrirse sin ese requisito, pues, según el principio de analogía de la naturaleza, suponemos que la experiencia de las acciones humanas en los comienzos «no fue ni mejor ni peor que la que ahora conocemos» (pp. 67-68).

Este es básicamente el contenido de la obra kantiana que reseñamos. Sobre núcleos temáticos semejantes, con diferencias de escasa relevancia, insisten los últimos trabajos de esta obra. La inclusión en ella de *La paz perpetua* hubiera reunido todos los trabajos kantianos conectados por la afinidad de intereses que hemos ido exponiendo. En todo caso, es un empeño meritorio y útil el que esta traducción representa, que el investigador sabrá agradecer.

JOSÉ LUIS DEL BARCO COLLAZOS

LAUTH, R., *Die Konstitution der Zeit im Bewusstsein*, Meiner, Hamburg, 1981, 129 págs.

Esta apretada exposición del pro-

fesor Lauth es una profunda meditación sobre el entronque del tiempo en la conciencia, cuyas raíces se hunden en el pensamiento agustiniano y cuya savia es aportada por la filosofía trascendental.

En la idea agustiniana del tiempo hay dos tesis capitales: a) El tiempo real es sólo el presente; b) El presente se da tan sólo en una conciencia.

Que solamente el presente sea un tiempo real, se comprende de suyo, pues cuando pasa el tiempo, puede sentirse y medirse; pero cuando ha pasado, no, porque ya no existe.

De ello resulta que el presente sólo se da en una conciencia, es decir, que la realidad del presente no es de orden espacial, sino anímico. Lo que mido del presente es la repercusión que en mí producen las cosas que pasan, repercusión que permanece, una vez que ellas pasan. El tiempo es, pues, en la conciencia una síntesis de instantes sucesivos, una distensión abarcadora de momentos en el movimiento. El tiempo existe en acto por la conciencia, por el espíritu, que mediante la memoria conserva el pasado y mediante la expectación anticipa el futuro. El tiempo realiza su existir en la medida en que la conciencia «mide» el cambio, o sea, suma o sintetiza el antes y el después.

La exposición del engarce del tiempo en la conciencia viene animada, en Lauth, con los principios de la filosofía trascendental. En él han incidido decisivamente, por una parte, las concepciones de Descartes, Hume, Kant y Fichte; por otra parte, las de Bergson y Péguy.

Con Descartes reconoce la discontinuidad del tiempo y la crea-

BIBLIOGRAFIA

ción continua, de las que se sigue inmediatamente la aguda distinción entre el *propter hoc* y el *post hoc* que Hume realiza. La aprioridad del tiempo, establecida por Kant, queda también recogida. Con Maimon piensa que no se debe transformar la relación fundamento-consecuencia en la relación causa-efecto. Con Fichte considera que ningún medio lógico de implicación permite explicar la conciencia del objeto: ello llevó a Fichte a introducir el movimiento pendular (Schweben) de la imaginación, y a Lauth el movimiento de aposición; con Fichte reconoce también que el acto de causación sólo se puede captar en la propia ejecución de la voluntad.

Pero contra Bergson —y también contra Spinoza— mantiene Lauth que es imposible una concepción del tiempo completamente cualitativa. No obstante, reconoce con Bergson y Péguy que en cada uno de sus actos vuelve la conciencia a sus actos precedentes y que así acumula y altera el presente.

El especial mérito de la meditación de Lauth estriba en la superación de la postura kantiana. Lauth está parcialmente de acuerdo con Kant cuando éste trata el tiempo tan sólo como forma de la intuición; mas para Lauth el tiempo no es una mera intuición (intuición pura), sino una intuición del entendimiento. La aportación del entendimiento a la representación del tiempo es doble: el tiempo queda fijado por medio de un sistema aposicional estático (semejante al sistema numérico); pero también queda entendido el devenir, precisamente por medio del sistema aposicional dinámico (sistema de *dynamia*, dice

Lauth). Ambas funciones se entrecruzan referidas a la intuición pura (intelección) del tránsito, justamente en el querer. Sólo entonces es transferida la temporalidad —y con ella la causalidad— al mundo externo; en verdad aquí se da únicamente una secuencia (estáticamente hilvanada) de impedimentos o represiones. Con lo cual la Naturaleza es vista en devenir por medio de un uso regulativo de la forma temporal y de la causalidad.

Lauth alcanza así una vigorosa síntesis de los conocimientos que hasta ahora han logrado las grandes filosofías sobre la esencia del tiempo; en ella adquieren intelecciones parciales un puesto sistemático.

JUAN CRUZ CRUZ

MANN, Th., *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, trad. y nota preliminar de A. Sánchez Pascual, Bruñera, Barcelona, 1984, 251 págs.

Esta obra recoge cinco ensayos, compuestos entre 1924 y 1947, sobre Schopenhauer, Nietzsche y Freud. El primero de ellos es una clara exposición del pensamiento de Schopenhauer. Comienza Mann señalando la dependencia de este autor respecto de Platón y Kant, la interpretación de Schopenhauer de la cosa en sí como voluntad de vivir, el pesimismo schopenhaueriano y el arte como redención. La felicidad procurada por la contemplación estética de las ideas es efímera. Por eso, el arte no es la redención definitiva. A continuación expone Mann la ética schopenhaueriana.

Según el literato alemán, la filo-